

LA PROBLEMÁTICA DE LA COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA EN LA NOVELA GRIEGA ANTIGUA

Máximo Brioso Sánchez
Universidad de Sevilla

En contraste con sus predecesores en la historia de la novela griega antigua, Heliodoro ofrece en gran escala un recurso literario, como es el de la referencia al empleo de lenguas diversas, que requiere una justificación. En estas páginas se discuten las interpretaciones que otros ya han aportado y se exponen algunas consideraciones nuevas al respecto.

In contrast with his predecessors in the history of the old Greek novel, Heliodorus offers on a large scale a literary resource, the reference to the use of diverse languages, that requires some justification. In this paper the previously exposed explanations are discussed and some ideas are added on this subject.

La novela occidental nace en la antigüedad griega tardía asociada a dos temas básicos: el amor y la aventura. Éste último conlleva una gran movilidad viajera y el contacto entre personajes de diversos países. La perspectiva del nuevo género era helenocentrista, pero, por la fecha de su nacimiento, en las últimas generaciones helenísticas, esa visión no podía ser ya la muy localista de la Grecia clásica, sino la de una cultura extendida hacia Oriente y en muy estrecha vecindad con las de los pueblos que tradicionalmente habían sido considerados “bárbaros”¹. Y

¹ La bibliografía sobre el bárbaro desde el punto de vista griego es abundante. Podemos seleccionar algunas contribuciones, como las tan básicas de A. Eichhorn (*Βάρβαρος quid significaverit* [Leipzig 1904]), de J. Jüthner (*Hellenen und Barbaren* [Leipzig 1923]), las más recientes y también fundamentales de E. Hall *Inventing the Barbarians: Greek Self-Definition through Tragedy* (Oxford 1989), que nos ofrece muchos antecedentes de los tópicos más conocidos, de A. Dihle *Die Griechen und die Fremden* (München 1994), o los volúmenes colectivos *Grecs et Barbares*. Entretiens sur l'An-

desde luego bajo el poder romano. Sin embargo, la vieja concepción del “bárbaro” y la contraposición de éste y del griego, cargadas de ancestrales prejuicios, persisten en la novela. Pero este sentimiento ante el *otro*, el foráneo y distante, que ahora podía ser simplemente el vecino, representó desde siempre, además de una simplificación conceptual, una combinación de fascinación y repulsión, y ya Heródoto nos proporciona un pasaje inapreciable en esta línea (9.82). Notas como una moral distinta, o más bien con gran frecuencia una falta de moralidad, la crueldad o el lujo disparatado y escandaloso llegaron a ser atributos corrientes de estos pueblos en la mentalidad de los griegos. Un Ctesias describió con este espíritu prolija y admirativamente los funerales de Sardanápalo², y se podrían citar otros muchos ejemplos semejantes. Y por supuesto los bárbaros eran gentes que tradicionalmente hablaban lenguas distintas del griego, ridiculizadas por ello en la comedia y reducidas desde ese punto de vista a un conglomerado diverso y sólo inteligible a través de intérpretes. En tanto que los griegos podían ver en su lengua común un signo de su identidad³. Y, si bien esta asociación de múltiples ideas podía representar en la mente griega un sistema conceptual complejo, también conformó gradualmente un catálogo de imágenes, literarias o comunes, en intencionado contraste con otro juego de imágenes que permitían un cuadro mental más o menos unitario de los propios griegos.

El tema del bárbaro es desde luego muy complejo y tampoco, ya específicamente en las novelas, puede decirse que haya uniformidad en su tratamiento. Es más, incluso se encuentran expresadas a veces perspectivas muy distintas y que se explican por la nueva situación desde el Helenismo y desde luego durante los primeros siglos del Imperio. Por ejemplo, parte de los héroes de estos relatos,

tiquité Classique 8 (Vandoeuvres-Genève 1962), en particular 37-82, y el editado por R. Lonis, *L'Étranger dans le monde grec* (Nancy 1992); o todavía la breve pero excelente panorámica en J. de Romilly, “Les barbares dans la pensée de la Grèce classique”, *Phoenix* 47, 4 (1993) 283-292. Para la época que más nos importa aquí debe atenderse especialmente a C. Lacy, *The Greek View of Barbarians from Representative Literary and Artistic Evidence from the Hellenistic Period* (Diss. University of Colorado 1976), así como E. L. Bowie, “Hellenes and Hellenism in Writers of the Early Second Sophistic”, en S. Saïd, ed., *Ἑλληνισμός. Actes du Colloque de Strasbourg, 25-27 oct. 1889* (Leyden-New York-Kobenhavn-Köln 1991) 183-204, y desde luego el excelente estudio de Th. S. Schmidt *Plutarque et les Barbares. La rhétorique d'une image* (Louvain-Namur 1999), y, en fin, el de M. Dubuisson “Barbares et barbarie dans le monde gréco-romain: du concept au slogan”, *AC* 70 (2001) 1-16, muy sugerente para la crisis tardía del concepto y, por tanto, útil para nuestro tema. Con más concreción aun deben consultarse el capítulo consagrado a la materia en la novela en A. M. Scarcella, *Romanzo e Romanzieri. Note di Narratologia Greca* (Perugia 1993), así como igualmente H. Kuch, “A Study on the Margin of the Ancient Novel, ‘Barbarians’ and Others”, in G. Schmeling, ed., *The Novel in the Ancient World* (Leiden 1996) 209-220.

² Cf. Ateneo 12.528e-f.

³ Así está ya perfectamente definido en Heródoto: cf. 8.144.2. Hall en su libro citado ve justamente en esta homología el criterio prioritario de esa identidad, en la propia conciencia del pueblo griego (4). Sobre cómo llegó a conformarse la idea de esta identidad lingüística cf. J. M. Hall, “The Role of Language in Greek Ethnicities”, *PCPhS* 41 (1995) 83-100, que nos recuerda oportunamente que en realidad “in Greece, however, there was no standardised language until the late fourth century, when the Attic dialect was taken as the model for the koine, and even then, its use seems to have been generally reserved for more official purposes...” (93).

como es bien sabido, serían simplemente bárbaros: el de la fragmentaria *Nino*, los de las *Babilónicas* de Jámblico, Cariclea en la novela de Heliodoro, etc. A la vez ya en la relativamente antigua de Caritón ciertos persas de alto rango pueden expresar su desdén hacia los griegos (5.3.2) y, en el mismo relato de Heliodoro, un personaje tan relevante como es el sacerdote Calasiris, en una audaz ocurrencia, hace de Homero, el padre de la cultura griega, un egipcio desterrado (3.13.3 y 14.1-15.1). Pero al mismo tiempo pervive aquella añeja y estereotipada constelación de conceptos negativos, lo que no puede sorprender en un género enmarcado en un contexto histórico-cultural de revalorización del pasado glorioso de los griegos. Estamos, pues, ante una combinación de rasgos negativos y de ciertas notas positivas que pueden rastrearse igualmente en contemporáneos como Plutarco⁴, y, a fin de cuentas, siempre al servicio, como también en el mismo Plutarco, del énfasis puesto en el contraste entre griegos y no griegos.

Pues bien, en ese contacto con ámbitos extraños, usualmente poblados de bárbaros, un aspecto que lógicamente podía presentarse ante los novelistas como parte del cuadro era el de la diversidad de las lenguas y por consiguiente el de la problemática de la comunicación lingüística entre los personajes. Varios de los autores que conocemos fueron, además, de origen extragriego, lo que en algún caso significa incluso que su lengua familiar no era el griego en que escriben, lo que podía hacerles plantearse de un modo más vivo la cuestión de las lenguas. El problema se repetirá naturalmente en otras literaturas y en muy diferentes épocas, en dependencia sobre todo de las orientaciones, también más o menos viajeras, de los textos. Por ello creemos que puede resultar interesante estudiar el fenómeno de la comunicación lingüística en los pocos textos antiguos conservados de este género, incluyendo algunas referencias a su vertiente latina, claramente emparentada. Pero antes conviene que examinemos el tema con una perspectiva más amplia.

La cuestión de la variedad lingüística y su problemática, al igual que fenómenos como el argot o la diversidad dialectal, han sido tratados desde luego de modos muy diferentes en la novelística (y desde luego en otros géneros) de diversas fechas y lugares, y esto es muy lógico por cuanto los planteamientos culturales y las situaciones históricas en que las novelas se han escrito varían mucho. Y también ha sido muy cambiante el interés de los novelistas hacia un tema que se prestaba a aprovechamientos muy diversos como elemento dramático, de distinción social, etc., y que también alguna vez puede rozar el aspecto de la intertextualidad. Es justamente bajo este último enfoque como tratamos en otro lugar un caso tan notable como es el de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* de Cervantes⁵.

Creemos que no cabe ninguna duda, por otra parte, de que esta cuestión, cuando se plantea, puede ser altamente significativa en los textos y de ello dan

⁴ Cf. la ya citada monografía de Schmidt, 239-270 sobre todo, para los aspectos positivos.

⁵ En colaboración con H. Brioso Santos, "Sobre la problemática relación entre Heliodoro y *Persiles y Sigismunda* de Cervantes: el motivo de la comunicación lingüística", en prensa en *Criticón*.

cuenta algunos ejemplos. Así, está en la memoria de todos cómo el uso directo de lenguas como el francés en las novelas rusas del siglo XIX, cuando éstas escenifican la vida de la aristocracia y la alta burguesía, era un signo muy atendido. El hecho hubiera sido bastante impensable de tratarse en cambio de relatos sobre clases sociales más humildes, y Dostoievsky es un buen testigo de lo que decimos. Thomas Mann recurre a su vez en *Der Zauberberg* al juego expresivo de diversas lenguas, en particular en las relaciones entre Madame Chauchat y Hans Castorp, y todos interpretamos como un dato muy relevante en *Middlemarch* de George Eliot que el erudito Casaubon no sepa alemán, puesto que es todo un símbolo de su fracaso científico y de su frustración vital. Y en otra novela de la misma autora, *Adam Bede*, en su segundo capítulo, un forastero y exmayordomo convertido en posadero, pero revestido aún de grave dignidad, puede referirse desdeñosamente a sus modestos vecinos que hablan de tal modo que a los caballeros les resulta difícil entenderles. En *Carlota Fainberg* de Antonio Muñoz Molina (1999) asistimos a una manifestación particular de la lengua de un profesor español afincado en Estados Unidos de América en la que hay una siembra de anglicismos. Pero las convencionalidades al respecto pueden ser muy variadas. Así, por citar un ejemplo no del todo socorrido, en el *Quijote* de Avellaneda un negro de Chipre se entiende perfectamente con el caballero y su escudero⁶; es más, no tiene acento alguno que lo delate, ni siquiera uno comparable al del típico negro de las comedias lopescas. Y ni caballero ni escudero se sorprenden de que un individuo de procedencia tan remota y exótica se exprese en un castellano de lo más familiar. Poco después el lector, que está ya avisado de estos engaños, sabrá que el tal personaje no es sino el tiznado secretario ya conocido de las bromas de Zaragoza. Y en otra novela muy reciente en la que el viaje no es el núcleo básico pero en la que sí tiene un cierto peso, *Seta* de Alessandro Baricco (1996), un viajero que se desplaza a mediados del siglo XIX desde un punto de Francia hasta el remoto y casi inaccesible Japón de la época a través de múltiples países de Europa y Asia no se plantea en ningún momento la dificultad de las lenguas desconocidas hasta llegar al Japón. Pero, en este país, inesperadamente un nativo le habla al viajero en su francés vernáculo. Un relato este último que muestra al tiempo el frecuente artificio del tema en bastantes novelas, de modo que aparezca, de un lado, la existencia insoslayable de problemas lingüísticos en los desplazamientos reales, y, de otro, la convencionalidad literaria, que lleva a que, sea cual sea la situación, haya de haber un modo de comunicación lingüística por más que se produzcan casos poco verosímiles o difíciles de justificar. Pero al mismo tiempo los otros ejemplos que hemos espigado revelan que el tema de las lenguas puede adquirir significados muy diversos en los relatos y ser utilizado como un medio extraordinariamente flexible. Unas veces denota modos particulares de comunicación, otras, por el contrario, de incomunicación, y aun éste también en diversos grados. Uno extremo de esta segunda clase es el que se da en ciertos momentos tanto de la versión griega de

⁶ Seguimos la edición de L. Gómez Canseco (Madrid, Biblioteca Nueva, 2000) 676 ss.

El asno como del *Asno de oro* de Apuleyo. Su protagonista, transformado en pollino, se ve impotente para comunicarse con los humanos. Su nuevo cuerpo es una prisión particularmente hermética y aislante. Ya en sus primeros pasos como asno, el personaje, que conserva su lucidez de hombre y su capacidad para entender lo que los hombres dicen, vive desesperado su carencia de ademanes y de voz humana⁷. A partir de ahí su relación con los hombres será diferente y casi siempre desdichada. Cuando pretenda hablar, acuciado por sus desgracias, en todas las ocasiones será incapaz y a lo sumo le saldrá un sonoro rebuzno⁸.

Por otro lado, formalmente el fenómeno de la problemática lingüística tiene facetas variadas en la literatura. En el caso de la novela griega sin embargo se plantea en un único sentido, el del poliglotismo implícito, que es el de la simple referencia narrativa al hecho de que los personajes se expresan en lenguas distintas, sin que aparezca texto alguno en una lengua diferente de la griega del relato. Una aparente excepción es la del tan comentado *Sueño de Nectanebo* fr. 1.19 donde se lee un término egipcio para un tipo de barco⁹, pero hoy no cabe aceptar este testimonio como parte de una novela griega. Y ésta es por tanto la única dimensión que estudiaremos aquí, y no la del poliglotismo explícito, que suele entenderse precisamente como la aparición de pasajes en otras lenguas distintas de aquella en la que está redactado el texto literario. Fue ya ésta última una manifestación artística frecuentada en el medievo y tanto en los géneros elevados como en los menores. En nuestro Siglo de Oro la balanza se inclina sobre todo a su aprovechamiento humorístico en el teatro, con tipos específicos de personajes, pero todos los géneros de un modo u otro acuden a este recurso. Lope de Vega, por ejemplo, es un extraordinario aficionado como autor teatral a la práctica del poliglotismo explícito, como ha estudiado concienzudamente E. Canonica-de Rochemonteix¹⁰. El poliglotismo explícito se da también ya en la literatura griega y latina¹¹, aunque desde luego no alcanza las dimensiones que tendrá siglos más tarde en el mundo occidental.

En Grecia la cuestión de las lenguas, como a veces igualmente la de algún sistema diferente de escritura, fue planteada ya por algunos autores de textos utópicos antes del nacimiento de la novela. Esto ocurre en concreto al menos en Hecateo de Abdera y Yambulo, como luego en la parodia de la *Historia verdadera* de Luciano¹². Y era lógico, por cuanto una lengua debía ser un elemento de

⁷ Cf. en la versión griega 13 y 15; en 48 se hace entender por signos elementales. En el texto latino cf. 3.25.1.

⁸ Cf. en Apuleyo 3.29.2, 7.3.4 y 8.29.5.

⁹ 1.19 en la edición de los fragmentos de novela de M. P. López Martínez (Alicante, Publicaciones de la Universidad, 1998).

¹⁰ *El poliglotismo en el teatro de Lope de Vega* (Kassel 1991). De esta obra tomamos la distinción terminológica del poliglotismo explícito e implícito.

¹¹ Cf., por ejemplo, C. C. Coulter, "The Speech of Foreigners in Greek and Latin Comedy", *PhQ* 13 (1934) 133-139.

¹² Cf. los datos necesarios en E. Crespo, "La lengua y la escritura en las utopías de la literatura griega antigua", en *ETIIEIKEIA. Homenaje al Profesor Jesús Lens Tuero* (Granada 2000) 89-94.

relieve en una sociedad imaginada y en su concepción del mundo. En el género utópico moderno ha sido lógicamente un tema un tema también explotado para mostrar un rasgo original más de esos lugares imaginarios. La libertad que permite este tipo de creación es una puerta abierta a los mayores artificios, cuando no a rasgos declarados de humor. Así, los amables Houyhnhnms visitados por el errante Gulliver en el celebrado texto de Jonathan Swift poseen una lengua propia, pero que sorprendentemente recuerda al holandés; los de la Megapatagonia de Restif de la Bretonne parlan en un divertido francés al revés, justificable por estar situado ese archipiélago justamente en las antípodas de Francia, etcétera.

En la literatura griega de ficción hasta el Helenismo domina desde luego el silencio de la más franca convención. Por citar un ejemplo egregio, en Homero no hay un factor lingüístico diferencial entre griegos y troyanos, como tampoco hay una diferenciación religiosa, y la tragedia mantendrá esa convención. También hay casos aislados en sentido opuesto. Uno notable se da en el llamado *Himno homérico V (a Afrodita)*, donde la diosa, revestida de carne mortal y haciéndose pasar por una joven de Frigia, le dice al príncipe troyano Anquises que ella habla frigio y troyano, pues tuvo una nodriza de este último origen (vv. 113-116). Naturalmente, los historiadores que se refieren a pueblos y temas extrahelénicos, como Heródoto y Jenofonte, aluden a otras lenguas y a la existencia de intérpretes. Pero se trata de un caso que poco tiene que ver con los usos de la literatura de ficción. Y por tanto y en general puede afirmarse que cuando nace el género novelesco apenas cuenta con una tradición asentada, en la que las diferenciaciones lingüísticas y con ellas la práctica de referirse al problema de la comunicación idiomática con un aprovechamiento literario fuese una materia socorrida. Si atendemos al tan poco usual realismo de la mayor parte de los géneros literarios de la Grecia arcaica y clásica y a la vez entendemos las referencias al problema lingüístico como alguna forma de nota realista, la explicación salta a la vista.

Las novelas griegas en su mayor parte y aun dentro de su habitual y destacado idealismo no suelen pretender alejarse del mundo real, de modo que, al sobrepasar los horizontes más estrictamente griegos, muestran un mundo variado, incluso a veces exótico y en el que la citada contraposición entre griegos y bárbaros suele estar presente. Por tanto, por mera coherencia las lenguas en las que se hablan sus personajes deberían ser las reales de los distintos pueblos por donde se desplazan los viajeros novelescos. Pero ahí entra por supuesto la convención tradicional citada, y el lector moderno, como seguramente el antiguo, no tiene por qué convertir en un problema el cómo pueden entenderse tan fácilmente individuos de orígenes muy diversos, si los novelistas por su parte no lo han hecho. Una cuestión por consiguiente sí digna de plantearse es cuando los novelistas realmente señalan o subrayan la diferencia de lenguas y también el diverso interés de los distintos autores por hacer alusión al fenómeno lingüístico y la importancia y significado que tal mención pueda tener en los diferentes textos. Entre esos novelistas habría que admitir también aquellos de los que sólo nos quedan fragmentos o cuyo argumento sólo nos es conocido por unos escuetos resúmenes de fecha bizantina.

Sobre los primeros, si realmente en los fragmentos conservados no hay mención del hecho, debemos suspender todo juicio; en cuanto a los segundos, dependemos de los propósitos del epitomizador y no debemos atribuir lógicamente al texto original la posible ausencia de menciones. Así, nos queda sobre todo el enigma de qué pudo hacer con este tema el más excéntrico de todos los novelistas griegos, Antonio Diógenes, que nos lleva en direcciones diversas por casi todo el mundo conocido e incluso por el legendario Norte, pero cuya nutrida escritura se ha reducido por los avatares de la transmisión a un escueto resumen del patriarca Focio, al parecer totalmente desinteresado por este y otros posibles pormenores de los relatos antiguos. ¿Mencionaba Antonio Diógenes las lenguas que pudieran hablarse por los extremos orientales y occidentales del mundo o en la remota Tule? Quizás no, pero no podemos de todos modos saberlo. En cuanto a las *Babiloníacas* de Jámblico, aunque después veremos una interesante aportación a nuestro tema, en el estricto relato de sus aventuras y a pesar de introducir algunos personajes de diversos orígenes, siempre ateniéndonos a la letra del resumen de Focio y de los fragmentos más seguros, no hay mención alguna de la problemática lingüística.

En la mayoría de las novelas griegas que podemos leer completas la cuestión se plantea raras veces o no se toca en absoluto. La explicación más elemental o provisional que podríamos dar sería precisamente la de que sus héroes suelen moverse por tierras más o menos helenizadas donde el griego sería el vehículo común de comprensión, y esto en una época y en un género literario que muestran una fuerte tendencia a lo que hoy llamaríamos globalización. En el caso concreto, por ejemplo, de las tierras y de los personajes nacidos en Fenicia (que pueden tener nombres griegos) la razón de que no se plantee el tema de la lengua indígena puede muy bien ser el que ésta debió dejar de hablarse hacia el comienzo de nuestra era¹³. Pero en general ésta es una respuesta insuficiente, ya que incluso en tierras fuertemente helenizadas muchos nativos no hablarían griego, y, además, no todos los viajes transcurren por lugares helenizados. Ni Caritón ni Jenofonte ni Aquiles Tacio muestran apenas (o, en todo caso, sólo un esporádico) interés en el problema, ni por supuesto Longo, que es el que menos oportunidades pudo tener para traerlo a colación en su relato. Así, Caritón nos dice que todavía en Siria y Cilicia su heroína tiene el consuelo de oír hablar su lengua (5.1.3), pero más tarde la joven no parece hallar la menor dificultad para entenderse con los persas con los que convive, y luego alude al problema que tienen su héroe y su amigo Policarmo para comunicarse con los rebeldes egipcios, lo que les acarrea el riesgo de ser tomados por espías: la solución les viene de modo providencial al encontrar a un griego que naturalmente “entendía su lengua” y que les sirve de intérprete (7.2.2), pero igualmente no vuelve a hablarse después de la necesidad de intérprete alguno en sus relaciones con el caudillo egipcio. Y, en un epi-

¹³ Cf. F. Briquel-Chatonnet, “L’image des Phéniciens dans les romans grecs”, en M.-F. Baslez, Ph. Hoffmann y M. Trédé (eds.), *Le monde du roman grec* (Paris 1992) 189-197 (189).

sodio marginal, un tal Higino, hombre de confianza del sátrapa Mitrídates, habla griego, por lo que puede desenvolverse bien en un viaje desde Caria hasta Mileto (4.5.2).

Jenofonte de Éfeso, por su parte, puede aludir a que el bandido Hipótoo, del que sabremos después que procede de la zona de Tracia (3.2.1), habla sin embargo alguna lengua de Capadocia, de modo que las gentes del país “lo consideraban como uno de los suyos” (3.1.1), lo que facilita, como es natural, su trato con los lugareños. Pero Antía, la acosada protagonista, se comunica con individuos de muy diferentes procedencias, por ejemplo, un campesino de Siria o el hindú Psamis, sin que se aluda a dificultad lingüística alguna. Es más, como muestra extrema de la indiferencia de este novelista respecto al tema, cuando Antía se encuentra por segunda vez con Hipótoo al ser capturada por su banda, se hace pasar por egipcia y se atribuye el nombre de Menfitis (4.3.6), pero en ningún momento se nos aclara en qué lengua se expresa, cuando el lector sólo puede presuponer que debería haberlo hecho en egipcio, lengua que por supuesto la joven desconoce. Y, a diferencia de lo que ocurre con la heroína de Caritón, cuando Antía, cautiva del mencionado Psamis, viaja camino de la India y se lamenta de verse alejada hasta tal punto de la tierra de los efesios (4.3.3) no se menciona en absoluto el motivo de la lengua, lo que, por lo demás, le hubiera proporcionado al autor una excelente ocasión para emular a su modelo Caritón.

En cuanto a Aquiles Tacio, del que se podría esperar un comportamiento más realista también en este punto, su relato de hecho apenas ofrece situaciones en las que la dificultad lingüística pudiera ser resaltada, puesto que con la mayor frecuencia sus personajes se mueven en un ambiente social perfectamente helenizado. La excepción es un momento en que se nos informa de que los bandidos del Delta egipcio hablan una lengua que desde la perspectiva del narrador es simplemente bárbara o no griega (*ἐβαρβάριζον δὲ πάντες*: 3.9.2) y en que asistimos al lógico temor del protagonista Clitofonte cuando reflexiona que sólo les queda para entenderse el elemental lenguaje de los signos (3.10.2 s.), lo cual no obstante no tiene mayores consecuencias después en el relato, puesto que Clitofonte parece entender muy bien las órdenes de uno de los bandidos (3.12.1). En esta novela se conjugan, pues, la falta de ocasiones con el desinterés del autor y, en fin, con la apelación a una perspectiva puramente tradicional por helenocentrista.

Diríamos, por tanto, que hasta el momento de Aquiles Tacio, tal vez a fines del siglo II d.C., y en las novelas conocidas al lado de ciertas referencias aisladas en que la diversidad lingüística puede ser problemática y apunta a alguna incomunicación, siempre relativa o pasajera, en general domina en este punto una fuerte convencionalidad o neutralización. El factor idiomático surge sólo en ocasiones y a lo sumo subraya esa incomunicación temporal, pronto olvidada, o refuerza una perspectiva emocional, como ocurre lucidamente en el ejemplo citado de la heroína de Caritón al traspasar los confines del habla griega y dirigirse al corazón del bárbaro Imperio Persa, donde lógicamente (pero no será así) tendría continuos y graves problemas de incomunicación. En otros textos novelescos o muy

afines lo usual es también la no explicitación del tema. Sólo en algún caso como el de *El asno* del Pseudo-Luciano tenemos una llamativa excepción: ahí aparece en escena coyunturalmente un legionario romano que se expresa en latín (44), lo que da paso a un episodio violento derivado de la incomprensión de esta lengua por parte del interlocutor. El hecho, recogido también en la novela de Apuleyo, donde se especifica que el legionario después habla en griego (9.39), es allí doblemente notable, por tratarse de una rara mención en el género del mundo romano.

Heliodoro, el último de los novelistas paganos conocido en lengua griega, tiene en cambio una conducta no sólo mucho más cuidadosa al respecto que sus predecesores, sino, en fuerte contraste con los demás, francamente llamativa, por lo que ha atraído la atención de algunos estudiosos y puede sospecharse que es de los autores que recurren a este expediente no sólo por unos pretendidos afanes de realismo, sino por algún fin o fines que los desbordan. El que en su novela haya de aludirse a ciertos problemas de comunicación no debería sin embargo sorprender, por cuanto, a diferencia de los de Aquiles Tacio, sus personajes se mueven en un espacio más variado. Pero, aun así, Heliodoro podría haber procedido del modo convencional, ignorando o minimizando el tema, y es por tanto muy notable el interés que pone el autor en referirse a él y la frecuencia con que la cuestión de las lenguas sale a relucir en su texto. Pues son muchos los pasajes donde ésta se trae a colación, siempre de un modo preciso, y, lo que quizás sea tan interesante o más, puesto que estamos hablando de literatura, con funciones variadas en el relato. Y como Heliodoro es el último en cultivar el género en Grecia, entendido éste como novela pagana, según hemos especificado, ya *a priori* es difícil admitir que su especial tratamiento del tema, como de otros, no tenga relación con su fecha muy tardía.

Este comportamiento particular ha sido analizado con más o menos detalle y fortuna por autores como J. R. Morgan¹⁴, J. Winkler¹⁵, S. Saïd¹⁶ y J. Perkins¹⁷. El primero ofrece un catálogo de citas, veintiocho en total, pero sin clasificación alguna, y busca una explicación simplemente en esas pretensiones de realismo ya aludidas: se trataría de un "naturalistic detail", uno más entre otros, y explicable por el hecho de que, fuera de la incursión délfica del sacerdote Calasiris, la geografía del relato corresponde a un medio no-griego. Esto es en principio indiscutible: incluso se ha señalado que Heliodoro traza una especie de mapa espiritual, con tres niveles (Grecia, Egipto, Etiopía), de los cuales el primero y el tercero conformarían una cierta oposición. A esto se añade otro aspecto también señalado por Morgan: "How is the dialogue to be presented to the Greek reader?"

¹⁴ "History, Romance and Realism in the *Aithiopika*", *ClAnt* 1 (1982) 221-265, en particular 258-260.

¹⁵ "The Mendacity of Kalasiris and the Narrative Strategy of Heliodorus' *Aithiopika*", *YCS* 27 (1982) 93-157. Según indica el propio Morgan (n. 23), pudo conocer el artículo de Winkler antes de su publicación y de ahí que haga algunas referencias críticas a éste.

¹⁶ "Les langues du roman grec", en Baslez, etc., ya citado en n. 13, 169-186.

¹⁷ "An Ancient 'Passing' Novel: Heliodorus' *Aithiopika*", *Arethusa* 32 (1999) 197-214.

Heliodoros, fully aware of the implausibilities lurking in wait for him, always explains how the conversations embedded in the novel come to be in Greek” (258). O, lo que es lo mismo, estaríamos ante una especie de escrupulosa advertencia del autor: estas frases naturalmente se expresaron en la lengua correspondiente, pero lo que aquí se da es una versión griega que el lector debe entender que es obra del narrador. Con lo cual Morgan también se limita a constatar hechos innegables, pero que a todas luces no constituyen una explicación suficiente.

Winkler, por su parte, nos traslada a otro plano muy diferente, al convertir el problema en parte de un fenómeno más trascendental: el del juego establecido en esta novela entre el recto conocimiento y el error, lo que le lleva a insistir sobre todo en los efectos del tema lingüístico en el plano del engaño y el equívoco. Así, escribe: “Heliodoros uses knowledge and ignorance of a language in a dramatic and significant way to underscore the cross-purposes, complications and dénouements of his plot” (104). Y ve una relación entre este hecho y el dato de la mayor frecuencia de esos pasajes que atañen al tema de la lengua en los libros inicial y finales. Una distribución ésta a la que Morgan también se refiere y, en su caso, con una justificación que pretende ser coherente con su tesis ya recordada: la razón estaría en que los acontecimientos que se narran en esos libros son aquellos en que los protagonistas se enfrentan a gentes que no hablan griego (260), por lo que no puede sino quitar importancia a aquella otra justificación trascendental. Ciertamente, admite, hay momentos en que el tema del conocimiento puede plantearse, pero hay otros en que se trata de problemas mucho más pragmáticos y elementales, como, por ejemplo, cuando se alude al empleo de intérpretes. Ahora bien, esta explicación podrá lógicamente valer en lo que se refiere a la diferente densidad de los pasajes en cuestión libro por libro o episodio por episodio, pero no en lo tocante al interés que el autor muestra por este motivo. Y aun así, este dato de la distribución, al que se ha dado una importancia que creemos que no merece, ha sido enfocado de modo un tanto erróneo y de suerte que parece ofrecer unas perspectivas que no posee. De hecho, el reparto es efectivamente desigual y las referencias a la lengua se dan en su mayoría entre los libros I-II y VI-X (con mayor concentración en VIII-X), aunque sin ese contraste tan especial que se ha señalado, y todos los libros excepto el III ofrecen alguna. Esta excepción se explica fácilmente porque todos sus episodios ocurren en Delfos, sin desplazamiento alguno. Lo que no significa que las menciones hayan de estar asociadas necesariamente a los viajes, puesto que, por ejemplo, el detalle de la lectura y traducción de la carta de la reina Persina tiene lugar también en esa estancia en Delfos. Lo que significa que, como en tantos otros casos, es fácil incurrir también aquí en simplificaciones. Lo que importa es desde luego el conjunto del fenómeno, en el sentido del peso que le concede Heliodoro y, según se verá, su funcionalidad a lo largo del relato.

Saïd aporta igualmente un catálogo de los pasajes en que el tema de un modo u otro se menciona en las distintas novelas griegas y, ampliando la indagación, establece una interesante comparación en este punto entre Heliodoro y la *Vida*

de *Apolonio de Tiana* de Filóstrato, aunque sin dejar de señalar, sin embargo, diferencias en el tratamiento del tema en uno y otro escritor y, en el caso de Heliodoro, el aprovechamiento de las dificultades lingüísticas para crear efectos dramáticos y de intriga. Y, así, escribe: “Mais Héliodore donne des rapports entre le grec et les autres langues une vision beaucoup plus complexe que Philostrate. Le premier présentait un diptyque: d’un côté une élite parfaitement hellénisée, de l’autre des masses parfaitement étrangères à l’hellénisme. Le second offre une palette beaucoup plus nuancée” (175). El lector no debe olvidar sin embargo que la redacción de cada uno de estos dos textos tiene unas pretensiones bien distintas: mientras Heliodoro escribe una ficción, sean cuales sean sus fines didácticos, Filóstrato trata de ofrecernos de algún modo una crónica de unos hechos supuestamente acontecidos: las peregrinaciones sapienciales de un individuo histórico. Como un dato complementario, Saïd alude también a otro motivo al que volveremos después: el mayor interés que pudo concederse desde el siglo III d.C. a las lenguas indígenas, que desde esas fechas cobran un nuevo auge frente al peso cultural previamente dominante del griego¹⁸.

Perkins ha planteado el tema de las lenguas en Heliodoro desde una perspectiva muy diferente y dentro del marco de una interpretación que también podemos calificar de trascendentalista. Esta autora parte de la moderna concepción de la identidad “as more the assumption of a role, a performance dictated by changing circumstances, than as a fixed essence” (198), y ve en Heliodoro un anticipo de esta actitud cultural en la que una distinción como la de griegos y bárbaros se revela una falsa dicotomía. La cadena de falsas realidades que se despliega a lo largo del texto de esta novela presentaría un modelo, según el cual se manifiesta como errónea la visión usual de la helenización sobre muy diversos pueblos: “Heliodorus... projects an alternative model for our understanding of the Hellenized ethnic of the period –not ‘either/or’ but ‘both/and’; not a transformed identity, but a dual identity. Through his topic and its development, Heliodorus challenges the understanding of those who believe, as Heinrich Kuch’s words, for example, suggest, that the embrace of Greek culture was truly transformative and essentially unproblematic”¹⁹. Y sigue Perkins: “It is not difficult to imagine that an author who identifies himself as a ‘Phoenician from Emesa’ may have been concerned that his conformity to Hellenic conventions had a cost in a loss of authenticity, an affacement of his difference, in the pull of the universal standard²⁰. I suggest that the emphases in the *Aithiopika* on the possibility of a multiplicity of identities, on the multiple languages circulating in the culture, and on cultural appropriation and legitimacy give evidence that Heliodorus had such a concern and that his narrative proposes an alternative model for understanding identity”.

¹⁸ Cf. R. MacMullen, “Provincial Languages in the Roman Empire”, *AJPh* 87 (1966) 1-7.

¹⁹ Se refiere a H. Kuch, en su artículo ya mencionado en n. 1.

²⁰ En este punto Perkins remite oportunamente a S. Swain, *Hellenism and Empire. Language, Classicism, and Power in the Greek World AD 50-250* (Oxford 1996) 289-308.

La fina interpretación que extrae Perkins de la novela de Heliodoro desborda ya en realidad nuestro tema, puesto que, como ocurría con Winkler, abarca el sentido completo de la obra y no de un aspecto tan específico como el que estudiamos, pero era imprescindible traerla aquí a colación. Es inimaginable desde luego que Heliodoro pudiese plantearse la cuestión con la claridad con que Perkins define el problema, pero tampoco hay dudas de que esta interpretación tiene una sólida base en el espíritu de este texto, en sus juegos con la falsedad y la realidad y el triunfo de un modo de contemplar la expansión cultural helenística con los ojos de un “bárbaro” helenizado que conserva clara la conciencia de su situación. En este sentido cabe añadir que el trío geográfico-espiritual antes recordado y las valoraciones que parecen deducirse de la novela abonan hasta cierto punto un anticipo de esta visión moderna, puesto que es evidente que el mejor modelo posible que se nos ofrece es el de Etiopía, sin que ello signifique la completa descalificación de los otros dos términos del triángulo. Pero la parte desempeñada por el tema de las lenguas en Heliodoro creemos que no es muy relevante en esta visión ideológica. No estamos defendiendo con esta reserva, sin embargo, la tesis del mero realismo ni menos un uso mecánico del motivo por Heliodoro. Fuese cual fuese la lengua materna de éste, puesto que su referencia al ámbito fenicio la hace problemática, él, al contrario que Jámblico, no alude a esta cuestión. Heliodoro no hay duda de que, como neoplatónico, da la prioridad a una concepción del mundo en la que sabiduría y piedad forman un entramado trascendente, en el cual las lenguas no pueden tener sino un papel instrumental, por importante que éste sea.

Perkins, siguiendo adelante con su tesis, cree que la frecuente alusión en Heliodoro a otras lenguas distintas del griego y a pueblos y personas que se expresan en ellas “serve to force his readers to recognize and acknowledge that these languages are literally silenced in the flow of his Greek narrative... The effect of these accumulating references to languages spoken, but unheard, is to compel the reader to hear and acknowledge the silence of all those ‘others’ left out of Graeco-Roman culture” (205), lo que nos parece una sutileza excesiva. Más bien creemos que ese hecho tan concreto forma parte, de un lado y como Morgan y Saïd han propuesto, de unas determinadas pretensiones típicas de Heliodoro, pero a la vez, de otro lado, de una preocupación general del autor y seguramente de los intelectuales bilingües de su tiempo por este problema. Luego nos referiremos al caso, olvidado por Perkins, del autor de *Babiloniacas*, que, según un escolio que comentaremos, también tocaba en su texto la cuestión de su personal bilingüismo en paralelo con la insistencia en sus verdaderos orígenes como sirio y no como griego. O, de otro modo, la cuestión creemos que tiene mucho que ver con la interpretación global que aporta Perkins de esta novela, en tanto que no nos parece satisfactoria la explicación particular que ofrece de este dato. Para Perkins, el tema se alzaría al nivel de una reflexión sobre la problemática de los medios de comunicación cultural por parte de un autor como Heliodoro, lo que se nos antoja un tanto anacrónico. Y más en quien se consi-

deraba un fenicio y por tanto teórico hablante de una lengua desaparecida ya tiempo atrás.

Sea como sea, lo cierto es que resulta de lo más sorprendente que Perkins no mencione precisamente ese caso, en parte semejante, de Jámblico, que hubiera sido, creemos, un puntal que reforzara adecuadamente su interpretación. Y aun es más notable ese descuido cuando se leen las páginas que, como veremos, dedicara previamente al tema Swain, al cual, como también se ha visto, cita no obstante. Pues no debe olvidarse que el autor de *Babiloniacas*, según nos informa un escolio al *códice* 94 de la *Biblioteca* de Focio, debió dejar en su texto firme constancia de su origen sirio, incluso con el rechazo explícito de que se le viese simplemente como un griego que habitaba en Siria²¹. Las noticias de este escolio sin duda están tomadas de una digresión autobiográfica, dentro del relato novelesco, y nos importa poco ahora que algunas de ellas sean meramente parte de una ficción convencional: Jámblico habría tenido por lengua materna, como Luciano, el sirio, y sólo más tarde habría aprendido el griego²². Forma, por tanto, parte de ese grupo de autores (como Beroso, Manetón, el judío Josefo, etc.) que aportan sus textos a una cultura y en una lengua que no era originariamente la suya, en la única lengua que, en Oriente, podía ser un vehículo de divulgación. Jámblico es un autor relativamente tardío dentro del género y su coincidencia en la atención a las lenguas, que no sabemos si se extendía también al relato ficticio, con el caso de Heliodoro difícilmente puede ser debida al azar. En ambos a la proclamación de su origen no griego se une el que ponen el espacio básico de sus novelas fuera del ámbito helenístico, el uno en el entorno de Babilonia, con personajes nativos, el otro en Etiopía, como meta de la peregrinación de unos héroes de los cuales uno es etíope.

Swain en su libro ya mencionado no se refiere a Heliodoro en este terreno, pero, en un capítulo consagrado a Luciano, sí estudia a la vez el caso de éste y el de Jámblico (298-329), aunque las referencias al segundo son naturalmente para él menos relevantes. No obstante, nos trae a la memoria algunos datos que

²¹ Focio en cambio confunde en su resumen de la novela, como lo hace aparentemente también la *Suda*, al autor y a su ayo de origen babilónico (*cod.* 94, 75b27), asignándole a aquél esta última procedencia. Todo hace sospechar sin embargo que la existencia de este otro personaje, el babilonio inspirador del argumento de la novela, no fuera sino una convención literaria.

²² Entre otros estudios que quedan por hacer respecto al tema de las lenguas está precisamente el de un autor como Luciano, cuyo aprendizaje del griego también es secundario y parte de su educación (*Bis acc.* 27). Es cierto que Luciano, al referirse a sí mismo, hace más hincapié en su origen bárbaro (o sirio) que a su posible lengua no griega; es más, sus expresiones repetidas sobre el tema parecen aludir quizás a su modo "bárbaro" de hablar el griego antes de depurar su dicción: cf. S. Swain, *op. cit.* 299, n. 5. Pero también como muestra de su interés por el motivo de las lenguas y de su fino tratamiento puede verse un pasaje que nos parece muy expresivo y que igualmente se da en un relato ficticio, pero tampoco novelesco, como es *El navío*, en el cual de un jovencito adornado de discutidas cualidades y que ha llamado la atención del grupo de amigos del diálogo se señala, esta vez peyorativamente, que, si bien habla griego con fluidez, su acento y otros detalles delatan que en realidad es un egipcio (2). La lengua aparece, pues, aquí no ya sólo como un ingrediente descriptivo, sino también utilizable para establecer un juicio de valor.

son de sumo interés. Por ejemplo, que el sirio pasó por una fuerte recuperación en estos tiempos (299), si bien tal vez en ello tuvo mucho que ver el empuje de la creciente comunidad cristiana, de suerte que “the use of Syriac spread rapidly in conjunction with Christianity until in the late antique world it achieved a position of self-conscious parity with Greek” (300), por lo cual Swain deduce seguramente con mucho acierto que “given the central position of language in defining the Greek cultural heritage, the use of Syriac must be seen as a resistance of some sort” (*ibid.*). Jámblico en concreto, muestra, en opinión bien fundada del mismo autor, que “the people of the region look both east and west for their cultural inspiration at this time” (303).

Por tanto, debemos referirnos a un tema muy ligado a aquel que Saïd subrayara, del auge tardío en el Imperio de las lenguas vernáculas o al menos de algunas de ellas y en determinados lugares: el de la conciencia de su origen distinto, no griego, de ciertos autores como Jámblico y Heliodoro y que sin duda se mueve en un nivel parecido de problematicidad. Jámblico en particular menciona que el griego es en su caso sólo una lengua adquirida. Pero el suyo no sería semejante, entre los personajes novelescos, al de los sabios y monarcas etíopes en la novela de Heliodoro o al del propio Calasiris, para los que el griego es una lengua en cierto modo más que cultural o de comunicación internacional, al ser de hecho un vehículo sapiencial. En este punto Jámblico, según el escoliasta citado, también habría aprendido el ahí llamado babilonio, lengua señalada en el texto como portadora de otra cultura. Con lo cual volvemos al tema de las lenguas vernáculas y al interés por el mundo oriental, que había sido eclipsado en buena parte por la extensión y el peso específico del Helenismo. Sea como sea, el conocimiento de lenguas diferentes, sobre todo de ciertas lenguas, es tanto en Heliodoro como en la noticia sobre Jámblico un camino de sabiduría. Tal como los etíopes de mayor rango y el propio Calasiris en Heliodoro aprenden griego porque esta lengua es un manantial de saberes, al igual que el rey parto Vardanes (1.31 s.) o el indio Fraotes (2.27) o incluso los brahmanes (3.16) en la *Vida de Apolonio de Tiana*, de un modo semejante y por razones parejas Calasiris aprendió etíope y Jámblico (de nuevo no importa mucho si se trata de una ficción) el babilonio. A partir de cierto momento, según atestigua este tipo de textos, el interés sapiencial circula en las dos direcciones y ya no estamos ante un simple filohelenismo, con una corriente en una sola dirección. Este filohelenismo se refleja aún en la obra de Filóstrato, ya que Apolonio de Tiana, situado por encima de estos detalles tan prosaicos, no muestra interés alguno por el conocimiento de esas otras lenguas en las que también se puede aprender. Como un desdeñoso inglés de los tiempos coloniales, pero siguiendo de hecho una vieja tradición griega, Apolonio da por sentado que son los otros los que deben conocer su lengua²³. En cambio, en Jámb-

²³ En cierto modo esta certidumbre puede entenderse como incluida en la afirmación de que “para un sabio Grecia es todo” (1.34). Saïd cree que el silencio de Filóstrato sobre cómo se comunican Apolonio y otros griegos con los gimnosofistas etíopes permite pensar que éstos no hablan

blico y en Heliodoro se abre una problemática distinta. Y creemos que es por ello un error de perspectiva el ver en el de Jámblico un relato marginal en el género²⁴, puesto que en ciertos aspectos camina, anticipándose, a la par que Heliodoro.

Desde luego y sea como sea, no sólo es llamativo el hecho de que, por contraste con los demás novelistas, Heliodoro insista con tanta frecuencia en traer a colación la problemática comunicativa que representa para sus viajeros el uso de lenguas diferentes y también el que haya convertido esta cuestión en una herramienta de hábiles y diversas aplicaciones, un hecho al que creemos que debe dársele una especial importancia, puesto que puede ofrecernos un precioso material para la comparación con lo que sucede en textos de otros orígenes y épocas. Y es que en Heliodoro hay demasiados elementos para que *una* interpretación como la de Perkins, aun siendo bastante correcta, y en realidad cualesquiera de las otras citadas, puedan agotarlos todos. O, dicho de otro modo: estamos en lo esencial de acuerdo con la tesis de Perkins, una vez desprendida de todo aquello que pueda ser excrecencia anacrónica, pero a la vez nos inclinamos por desentrañar otros sentidos y funciones, como hace sobre todo Winkler, ya que al fin y al cabo estamos ante un texto literario.

De ahí que desde nuestro punto de vista pueda ser interesante hacer una mínima clasificación de las diferentes situaciones, señalando la diversidad de posibilidades que el novelista nos presenta. Las que nos parecen básicas son estas tres: la ignorancia de las lenguas y sus diversos grados de conocimiento, lo que es paralelo a veces a la incapacidad o capacidad para dominar una situación y desde luego permite referencias a la tarea del aprendizaje de las lenguas; la relación, como caso extremo del punto anterior, entre la ignorancia y el conocimiento lingüísticos con el poder y, por tanto, también con la capacidad para engañar o al menos ocultar una información; y, en fin, el fenómeno del bilingüismo o incluso, como ocurre con Calasiris, del multilingüismo, y su relación tanto con el papel del traductor e intérprete como con el afán de saber. Procederemos ahora a ofrecer un catálogo de lugares, no necesariamente exhaustivo, correspondientes a cada uno de estos tres puntos.

El primer caso se da con una gran frecuencia. En algunos pasajes desde luego se vincula la ignorancia al origen bárbaro, y así, ya en el comienzo mismo del

griego y que ello sería una prueba de su inferioridad respecto a los de la India (173 s.). Es cierto que en 6.6 se distinguen tres grados de sabiduría, siendo la superior la de los indios y la inferior la egipcia, con la etíope como punto intermedio, pero no creemos que el silencio citado oculte sino una mera convención. Los gimnosofistas etíopes no sólo están muy puestos en conocimientos sobre Grecia, sino que su εὔροια o fluidez de palabra que elogia Apolonio (cf. 6.11) no puede ser sino en griego. Y el conocimiento que Apolonio alega de todas las lenguas (1.19) sólo puede entenderse en un sentido distinto del literal. Aquí podemos aportar un hecho señalado por Br. Rochette (“À propos du grec δίγλωσσος”, AC 70 [2001] 177-184): “Au singulier, δίγλωσσος désigne un barbare qui connaît sa langue propre et le grec, plus rarement un Grec qui connaît une langue barbare” (183).

²⁴ Cf., por ejemplo, la dogmática consideración de Swain en su libro ya citado: “The work is best seen as parasitic on the popularity of the ‘true’ Greek novel, and its firm dating to c. 170 suggests that it was designed to cater for audience interest in the land of Marcus’ and Verus’ Parthian war” (102).

relato, los bandidos del Delta egipcio no comprenden la lengua de Cariclea (1.3.2), que naturalmente es el griego. El personaje secundario Termutis, uno de estos bandidos, sólo conoce de la lengua griega el nombre de su amada Tisbe (2.12.4); los eunucos persas entienden con dificultad a los protagonistas (8.13.5 y 15.3) y tampoco entiende el griego lógicamente el pueblo etíope como colectividad (10.15.1 y 38.3), aunque ciertos individuos sí lo comprenden (10.15.1). Incluso personajes relevantes como el *amigo* egipcio Tíamis o la rival erótica Ársace, de origen persa, no manejan bien la lengua de los protagonistas, de modo que la comunicación debe hacerse a través de terceros: de Tíamis se dice que “no entendía con precisión la lengua griega” (1.19.3) y de Ársace que la comprendía pero no la hablaba (7.19.3). A estos últimos casos de conocimiento imperfecto se suman otros referidos a momentos determinados: el gimnosofista que luego se nombrará Sisimitres, cuando se dirige al sacerdote Caricles en 2.30.1 aún se desenvuelve mal en griego, lo que no sucederá años más tarde. Por supuesto, los protagonistas se ven en apuros, ya que en las primeras etapas del relato ninguno de los dos entiende el egipcio ni más tarde el etíope. Poco a poco Teágenes irá comprendiendo el egipcio (cf. 8.17.3; de Cariclea no se dice nada semejante), como un caso entre otros en que Heliodoro subraya la tarea del aprendizaje de una lengua. Un caso muy particular es el de Cariclea, cuya evolución queda poco explicitada: su lengua familiar fue sin duda el etíope, puesto que hasta los siete años la criaron unos campesinos de este origen (cf. 2.31.2), pero es evidente que en los años siguientes, en contacto sólo con griegos, olvidó su lengua nativa y esta nueva lengua se convirtió para ella en su lengua familiar. Por esa razón le será forzoso conocer a través de Calasiris, “en traducción palabra a palabra” (πρὸς ἕπος ἐρμηνεύων: 4.11.4), el contenido del mensaje dejado por su madre.

Respecto al segundo punto, una cuestión de peso en el relato es el hecho de que los monarcas etíopes y los gimnosofistas conozcan el griego (9.25.3), lo que los sitúa en ocasiones como la del gran espectáculo que es el episodio final del libro X en franca superioridad frente a sus súbditos. Tanto Hidaspes como Sisimitres deben dirigirse a éstos en su lengua nativa cuando desean ser comprendidos por ellos (cf. 10.39.1 y 40.1), en tanto que en otros momentos de ese mismo episodio los súbditos, que en gran parte no pueden comprender el griego, apenas pueden saber a qué atenerse ante tantas novedades y sorpresas. El caso del citado Sisimitres es muy significativo, puesto que muestra con su citada precariedad en 2.30.1, es decir, cuando era muy joven unos diez años atrás, y con su dominio del griego más tarde, que el aprendizaje de esta lengua por parte de estos personajes no tenía por qué darse en edad muy precoz: la explicación podría estar en que el griego para ellos era una lengua de alta cultura, asociada desde luego al conocimiento filosófico. Y la capacidad para la simulación y el engaño que proporciona el conocimiento de una lengua junto a la ignorancia de ésta por parte de otros se revela en ciertas situaciones muy concretas: así, los planes de los protagonistas y de Cnemón pueden quedar ocultos para Termutis en el episodio de la cueva (cf. en concreto 2.18), que tiene además un claro aprovechamiento psicológico,

puesto que Termutis del griego, según recordábamos, sólo conoce el nombre de su amada muerta. Igualmente en el citado episodio final de la novela, Sisimitres se dirige a Hidaspes en griego para evitar que la muchedumbre etíope comprenda sus palabras (10.9.6).

En cuanto al tercer punto, algunos personajes son bilingües²⁵: así el egipcio que sirve de intérprete al rey Hidaspes por su conocimiento del persa en 8.17.2, el propio Hidaspes y los gimnosofistas, ya citados, que por su alto rango en su país conocen el griego, tal como desde luego Calasiris, que nunca encuentra problemas de comunicación. El sacerdote egipcio no sólo habla griego perfectamente, sino también etíope, que debió aprender en la estancia en Etiopía de la que se habla en 4.12. En cambio, Cariclea, a pesar de su biografía, nunca parece haber sido estrictamente bilingüe, puesto que, cuando a los siete años fue entregada a Caricles, no sabía naturalmente griego (2.33.1), y, años más tarde, habla griego pero ignora su etíope natal, por lo que su padre Hidaspes ha de entenderse con ella en aquella lengua (9.25.3). Por tanto, los distintos lugares en que vive, Etiopía y Delfos, y sus dos identidades significan para ella lenguas diferentes²⁶. Por lo que se refiere a la asociación entre la adquisición de las lenguas y el afán de saber, que se encuentra también en Filóstrato en la figura de Damis (cf. 1.19), es evidente tanto en el caso de las principales jerarquías etíopes, que, como es especialmente evidente en los gimnosofistas, aprenden griego porque en esta lengua se cifra la máxima expresión de la sabiduría, como en el multilingüismo de Calasiris, que aprendió etíope y griego para acceder a unos conocimientos superiores. Esta capacidad le permite, como a otros individuos, hacer de intérprete²⁷, por ejemplo, para Cariclea en el episodio de la anciana practicante de un rito de magia negra, con la que conversa en egipcio (cf. 6.12.3 y 14.1), y, en su caso, también de traductor, cuando, en un pasaje ya citado, revela a Cariclea los secretos contenidos en el texto etíope que ella ha portado toda su vida sin haber podido leerlo (4.11.4). Algunos otros personajes que actúan como intérpretes son Cnemón, un personaje innominado al servicio de Ársace (7.19.3), el egipcio que desempeña ese papel ante el rey Hidaspes por su conocimiento del persa (8.17.2) o ciertos etíopes que, por ser precisamente bilingües, el rey Hidaspes designa como custodios de los protagonistas en 9.1.5.

Estos tres apartados nos permiten observar que Heliodoro combina las posibilidades que el tema de las lenguas le ofrece para el argumento y la dramatización de su historia, es decir, para determinados aspectos eminentemente literarios, con

²⁵ Es notable sin embargo que en Heliodoro, como en los demás novelistas, no se lean los términos δίγλωσσος ο δίγλωσσία.

²⁶ Saïd cree ver en el caso de Cariclea, como también en el del sacerdote Sisimitres, un desliz del novelista, por la contradicción que habría con la noticia sobre el dominio del griego entre los personajes reales de Etiopía y los gimnosofistas (174). Respecto a Sisimitres ya hemos dado nuestra propia interpretación. Y en lo que atañe a Cariclea, también estamos ante el tema del gradual aprendizaje del griego como lengua de cultura, que Heliodoro subraya en otras ocasiones.

²⁷ Los términos έρμηνεύς y έρμηνεύειν, empleados en este sentido, se leen de modo exclusivo en Heliodoro (1.21.3, 4.11.4 y 7.19.3 respectivamente).

una concepción que cabe percibir como trascendentalista, tal como han visto sobre todo Winkler y Perkins. Tampoco se puede dejar de lado en absoluto la explicación que ha dado Saïd, que nosotros hemos completado con una referencia oportuna a la actitud de Jámblico. Y, en cuanto a otra observación de la propia Saïd, estamos en desacuerdo con ella cuando habla de que Heliodoro, como Filóstrato, tendría una visión simplista por dicotómica de la realidad lingüística, de modo que frente al griego y salvo casos excepcionales no presta apenas atención a la diversidad de las lenguas que hablan los bárbaros (175). Por el contrario, el egipcio, el persa y sobre todo el etíope cobran un relieve nada corriente en los textos antiguos y el último aparece como lengua sapiencial, según ya hemos subrayado.

Pero aún nos podemos permitir resaltar una perspectiva más del tema, que nos muestra que la cuestión de las lenguas está ligada en Heliodoro a una visión que cabría llamar filosófica. Y es que debemos observar en su novela una serie de datos que nos conducen directamente al motivo del poder de la palabra. La palabra, a diferencia de lo que ocurre en otros novelistas, se utiliza en su texto en gran escala, no ya sólo para fines didácticos, con diversas digresiones eruditas o meramente paradoxográficas, en lo que comparte una misma tendencia con Longo y Aquiles Tacio, sino también desde luego para narrar, en juegos complejos de relatos y quiebras del orden temporal, para disfrutar de esos relatos con inquieta curiosidad. Heliodoro concede especial relieve no sólo al relato dentro del relato, lo que tampoco sería nuevo en el género, sino a las perspectivas con que los personajes proceden a contar o juzgan esos relatos, de modo que deja constancia de una preocupación metodológica, hoy diríamos narratológica, en torno a la presentación narrativa. Como luego hará Cervantes en su *Persiles y Sigismunda*, en *Teágenes y Cariclea* igualmente esa misma presentación narrativa, en los relatos internos, podrá ser puesta en cuestión, como muestra de que las distintas focalizaciones permiten contemplar un método narrativo con una mirada crítica, porque la palabra puede ser juzgada por la palabra.

La palabra es además en él un vehículo permanente para la simulación, el equívoco y el engaño, en lo que el conocimiento y el desconocimiento de las lenguas tiene su parte relevante. Pero hay algo que todavía nos lleva más lejos, puesto que la palabra es un instrumento de revelación. Así, por tomar dos ejemplos clave, el mensaje escrito en caracteres coptos que la protagonista Cariclea ha llevado desde niña entre su parco equipaje y que ella no puede leer y comprender encierra el misterio de su vida, y también un oráculo délfico traza enigmáticamente su destino, que se entrelaza con el de Teágenes. Y en 5.16.3 s. Cnemón, que es un pozo de inagotable curiosidad, equipara el relato que está a punto de oír con revelaciones verdaderamente místicas. En el juego también permanente entre la apariencia, y por tanto las falsas interpretaciones y el error que suele conllevar, y la verdad, que constituye el trans fondo más substancial de esta novela, un medio como el lenguaje salta a la vista, como ya observara Winkler, que debía ser explotado de modo concienzudo como instrumento idóneo para la expresión tanto del error como de la verdad. No estamos, por tanto, ante una simple ocurren-

cia de un novelista en la etapa de mayor madurez del género. Heliodoro ha abierto nuevas perspectivas a la novela, enriqueciendo su horizonte y llevando la imaginación creativa a campos novedosos, al tiempo que ha hecho ascender al género a una situación de trascendencia superior. Y ahí la lengua desempeña un papel esencial. Para Heliodoro, como para el autor de la *Vida de Apolonio de Tiana*, el griego en concreto es un instrumento básico en la vía sapiencial. Aquél no llega a afirmar, como Filóstrato y según ya recordábamos, que “para un sabio Grecia es todo” (una expresión que continúa así: “y ningún lugar desierto o bárbaro” –σοφῶ ἀνδρὶ Ἑλλάς πάντα, καὶ οὐδὲν ἔρημον ἢ βάρβαρον ξωρίον: 1.34), al permitirles a otras culturas, como la etíope sobre todo, un papel muy relevante, pero se acerca a ello precisamente cuando nos da la noticia sobre el conocimiento de esta lengua por parte de la élite de Etiopía. Persiste, pues, también en Heliodoro la herencia de un cierto helenocentrismo cultural y sapiencial, sólo que restringido por el peso de otros vehículos de sabiduría. Y a la vez el conocimiento de una lengua, como el griego minoritario en Etiopía, se transforma en un arma del poder y de la capacidad de manipulación social, frente a la inferioridad que significa su ignorancia. De ahí que haya también un paralelismo evidente entre el poliglotismo de Calasiris y su alta capacidad para la manipulación de los demás.

Pero Heliodoro igualmente cede a las convenciones narrativas. A pesar de su pulcritud en estos pormenores, en ciertos momentos en su relato el tema de las lenguas es dejado de lado o simplemente cualquier indicación al respecto se ve aplazada, sin duda porque la tensión a que obligaría al autor y al lector no estaría compensada por los resultados. Por ejemplo, cabe que nos preguntemos en qué lengua se dirigen los etíopes a la vez a los persas y a los habitantes de Siene en 9.6.1 ss. y luego los emisarios de Hidaspes a esos mismos habitantes de Siene, esta vez ya sin la presencia de los persas (9.12.1), o, de nuevo, a través de qué lengua se entienden Hidaspes y el sátrapa en 9.21. Por lo que se refiere, por otro lado, al diálogo entre Hidaspes y los sacerdotes de esa misma ciudad (9.22-23.1), la convención del silencio puede quizás explicarse (con una razón válida para el segundo caso citado antes) porque seguramente Heliodoro vería natural o que los pobladores de ese lugar fronterizo conociesen el etíope o que el rey etíope supiese el egipcio. Y si quisiéramos todavía ofrecer algún ejemplo de aplazamiento, podríamos referirnos al episodio del encuentro de Termutis en la caverna con los protagonistas y su acompañante Cnemón. Aquél, ignorante del griego, sin embargo aparece ahí en conversación con Teágenes y Cnemón varias veces (cf. 2.13.3 s.; 14.1 ss.; 18.1 s.), y es sólo más tarde (18.3) cuando se nos dice que Cnemón ha actuado de intérprete. En general, podría alegarse que la convención del silencio, más frecuente en un libro como el noveno seguramente porque en él entra en cuenta un mayor número de lenguas, se da en aquellas situaciones en las que la mención de éstas introduciría un grado mayor de dificultad, como se ve bien en el primer episodio citado. No estaríamos, pues, siempre ante un descuido del novelista, sino ante su lógico deseo de no complicar innecesariamente el relato en algunos momentos con una precisión que no se percibe como imprescindible, unos

momentos en que, por el contrario, el recurso al silencio convencional supone una comodidad preferible para el narrador.

Si quisiéramos ahora extraer unas conclusiones, podríamos resumirlas así. En las novelas más antiguas entre las que podemos leer completas el griego es la lengua simplemente y se da en general por supuesto que habitualmente se habla griego. Las otras lenguas son periféricas, extrañas. Estamos, pues, en un mundo en el que domina la tradicional dicotomía griego/bárbaro. Así, Hipótoo es un griego que, suponemos que por ciertos contactos, llega a tener algún conocimiento de alguna lengua bárbara cercana como es la de Capadocia. Calíroo se siente en una soledad lingüística cuando penetra tierra adentro en Asia Menor, tan extraña como al alejarse del mar, que siempre ha rodeado su mundo familiar de Siracusa. Y eso a pesar de que a su lado viajan Dionisio y toda una caterva de servidores milesios, que, aunque Caritón no lo diga, seguirán siendo su atadura lingüística al griego natal: un silencio con el que el novelista muestra que la cuestión de la lengua sólo le interesa como efecto dramático. En Aquiles Tacio todavía los Vaqueros hablan simplemente una lengua ininteligible, de suerte que se nos ofrece sólo la perspectiva de un hablante griego como es el protagonista masculino. No sabemos nada de qué ocurría en una novela a escala mundial como la de Antonio Diógenes, pero quizás en *Babiloniacas* sí se planteaba el problema, a juzgar por la referencia del autor al poliglotismo propio. Y en Heliodoro la situación alcanza la máxima complejidad. El griego convive con otras lenguas que tienen una entidad como tales e incluso poseen también el rango de lenguas de cultura. La lengua como vehículo o depósito de sabiduría es una adquisición ya ajena al mero nacimiento de los individuos. De ahí que el griego en especial, y, en segundo lugar, el etíope hayan sido aprendidos por diferentes personajes con vistas al perfeccionamiento espiritual. El individuo bilingüe o trilingüe, como aquella frigia fingida del *Himno homérico a Afrodita*, es un privilegiado, tanto por sus grandes ventajas comunicativas como por su acceso a un medio ligado al saber y, en consecuencia, al poder, mientras que la ignorancia de las lenguas es una forma de inferioridad y de indefensión. En Calasiris convergen, como egregio ejemplo de sabio cosmopolita, tres lenguas y tres culturas, con todas las posibilidades que esto supone. Y los problemas de comunicación lingüística no los tiene ya sólo un extraño, un bárbaro, en un espacio de habla griega, como aquellos de la Comedia Antigua, motivo de la risa de unos ciudadanos que se sentían en el centro del mundo. Ahora los padece (de esto hay antecedentes en novelas como la de Caritón) también el griego que se adentra en tierras y en culturas extrañas. Y, contra una inveterada perspectiva griega, como hace observar oportunamente Saïd (176), también la lengua griega puede ser un mero y confuso sonido, siendo así como la percibe el bárbaro Termutis (2.12.5).

En fin, en la historia de la novela griega Aquiles Tacio y Heliodoro, en buena parte ya Longo a pesar de su típico minimalismo, son escritores con un horizonte de intereses mucho más amplio que el de los novelistas precedentes, y esto se observa en muchos niveles. Un lector que conozca bien las diferencias entre el tipo

de la novelística europea dominante, sobre todo inglesa y francesa, del XVIII y del XIX entenderá perfectamente lo que queremos decir. Por ejemplo, el paso decisivo desde una consideración del género en que un tema monocrorde como es el del amor puede ser una motivación esencial y determinante (recuérdese el modelo representado por *Pamela* de Richardson y luego por las obras de Jane Austen) a otra situación en la que, como se comprueba en la producción de Dickens, George Eliot, Stendhal, Balzac o Pérez Galdós, el amor puede ser aún un factor de relieve, pero inmerso en un horizonte en el que otros problemas y otras aspiraciones del espíritu se abren paso decididamente. En el ejemplo moderno estamos ante un intento de trazar ya toda una panorámica social, o, por usar la expresión más tópica, un gran fresco del tiempo. Temas como la vocación profesional o los criterios sociales y económicos se abren paso frente a aquel cuasimonopolio que representaba el erotismo en la novelística precedente. Y la moral se aplica a otras perspectivas distintas de la simple preocupación sexual. Las novelas griegas tardías se abren, igualmente, en mucha mayor escala que las anteriores a aspectos de la realidad que enriquecen la ficción. El tema de las lenguas forma parte, por tanto, de esa nueva atención, aunque ha sido, que sepamos, sólo el último de los narradores conocidos, Heliodoro, el que ha practicado concienzudamente esta faceta enriquecedora. Un aspecto en el que, sin embargo, en modo alguno puede verse a Heliodoro como un caso aislado en la literatura griega de esos siglos, puesto que este interés concreto se da también en textos que, si bien no son estrictamente novelas, como ocurre en la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato, sí se acercan al ámbito de la ficción novelesca. En un mundo culturalmente ya internacionalizado por la expansión helenística y luego sujeto al dictado del Imperio, este tipo de adquisiciones era un hecho lógico y no es difícil imaginar que no podía escapar a narradores dotados de una excelente capacidad de observación y dispuestos a desplegar ante el lector una visión del mundo mucho más compleja que el de las novelas más antiguas y en la que el problema de la comunicación lingüística era muy relevante.